

**Homilía pronunciada por el Emmo Sr. Cardenal Norberto Rivera Carrera**  
**Arzobispo Primado de México en Toluca Edo. de México**  
**Centenario de la Cruz Roja Mexicana al Servicio de México**



Al inicio de la cuaresma, tiempo de conversión que nos purifica y prepara para la Solemnidad de la Pascua, la Iglesia recuerda a todos que debemos dedicarnos con mayor entrega a la alabanza divina y al amor fraterno, que se expresa en obras concretas de compromiso con el prójimo, sobre todo con el más necesitado con obras de justicia y de misericordia.



CRUZ ROJA  
MEXICANA

La Iglesia nos enseña a encontrar en nuestras privaciones voluntarias un motivo para bendecir al Señor, pues nos ayudan a refrenar nuestras pasiones desordenadas y, al darnos ocasión de compartir nuestros bienes a los

necesitados, nos hacen imitadores de la generosidad de Dios.

Las lecturas de la liturgia de hoy nos recuerdan en particular el sentido del ayuno que agrada a Dios: “Este es el ayuno que yo quiero de ti, dice el Señor: Que rompas las cadenas injustas y levantes los yugos opresores; que liberes a los oprimidos y rompas todos los yugos; que compartas tu pan con el hambriento y abras tu casa al pobre sin techo; que vistas al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano. Entonces surgirá tu luz como la aurora..., entonces clamarás al Señor y Él te responderá, lo llamarás y el te dirá. ¡Aquí estoy!” (Cf. Is. 58, 1-9)

En este contexto espiritual, elevamos nuestro agradecimiento a Dios Misericordioso por el Centenario de la fundación de la **BENEMÉRITA CRUZ ROJA MEXICANA**, miembro del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y Media Luna Roja.

Como todos sabemos, la historia de la Cruz Roja se remonta al siglo XIX, y nace de la noble visión de Henry Dunant, quien al ver a los heridos abandonados en los campos de la batalla de Solferino, en Lombardía, norte de Italia, en 1859, concientiza al mundo para que no se repitan hechos semejantes. Pero es hasta 1909 que llega la Cruz Roja a México, y su primera participación fue en la ciudad de Monterrey, seriamente dañada por una tromba que inundó más del 50% de su territorio, con graves pérdidas humanas y materiales.

De verdad que la fundadora e impulsora de la Cruz Roja Mexicana es una gran mujer, Doña Luz González Cosío de López y a partir de su trabajo y generosidad El 21 de febrero de 1910, por decreto del Presidente Porfirio Díaz, es la Fundación oficial de Cruz Roja Mexicana, que como institución participa socorriendo a las víctimas de la Revolución Mexicana.

La Cruz Roja Mexicana funciona gracias a los donativos de los ciudadanos y trabaja principalmente con voluntarios, que en su mayoría son mujeres que además de ayudar en la recaudación de fondos durante las colectas nacionales, también realizan importantes trabajos en las comunidades, organizando eventos sociales para el mantenimiento de la institución, brindando atención a los

hospitalizados, apoyando con despensas a sus familias y asistiendo a las emergencias sanitarias y de socorro.

En estos cien años de la presencia de la Benemérita Cruz Roja Mexicana, podemos recordar con inmenso agradecimiento su labor altruista y generosa en acontecimientos de todos los días a lo largo y ancho de todo México, tanto en las grandes ciudades como en los pueblos más comunicados, también en grandes acontecimientos como: el terremoto de la Ciudad de México en 1911, la atención a los niños españoles víctimas de la Guerra Civil, refugiados en la ciudad de Morelia, Michoacán en 1937, los sucesos de Tlatelolco en 1968, las Olimpiadas del 68 y el Mundial de Fútbol en 1970, la atención a víctimas de las explosiones en San Juan Ixhuatepec, Edo. de México en 1984 y de Guadalajara en 1992, el gran sismo de la Ciudad de México y costa del Pacífico en septiembre de 1985, los muchos damnificados de huracanes en todo México, la ayuda internacional a países hermanos víctimas de contingencias naturales, como recientemente en Haití y a nuestros hermanos damnificados por las lluvias en estos días pasados en nuestra ciudad y muchos lugares de nuestra patria.

La Iglesia es consciente de las nuevas condiciones de un mundo en el que, por el fenómeno de la globalización, nada nos es ajeno y nos acerca a todos los seres humanos en un destino común.

El Santo Padre Benedicto XVI, en su Encíclica DEUS CARITAS EST (n. 30), nos dice que: Los medios de comunicación de masas han como empequeñecido hoy nuestro planeta, acercando rápidamente a hombres y culturas muy diferentes. Si bien este « estar juntos » suscita a veces incomprendimientos y tensiones, el hecho de que ahora se conozcan de manera mucho más inmediata las necesidades de los hombres es también una llamada sobre todo a compartir situaciones y dificultades. Vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material o espiritual, no obstante los grandes progresos en el campo de la ciencia y de la técnica. Así pues, el momento actual requiere una nueva disponibilidad para socorrer al prójimo necesitado. El Concilio Vaticano II lo ha subrayado con palabras muy claras: Al ser más rápidos los medios de comunicación, se ha acortado en cierto modo la distancia entre los hombres y todos los habitantes del mundo. La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades.

Por otra parte —y éste es un aspecto provocativo y a la vez estimulante del proceso de globalización—, ahora se puede contar con innumerables medios para prestar ayuda humanitaria a los hermanos y hermanas necesitados, como son los modernos sistemas para la distribución de comida y ropa, así como también para ofrecer alojamiento y acogida. La solicitud por el prójimo, pues, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero. El Concilio Vaticano II ha hecho notar oportunamente que entre los signos de nuestro tiempo es digno de mención especial el creciente e inexcusable sentido de solidaridad entre todos los pueblos.

En esta situación han surgido numerosas formas nuevas de colaboración entre entidades estatales y múltiples organizaciones sociales que se esfuerzan por lograr soluciones satisfactorias desde el punto de vista humanitario a los problemas sociales y políticos existentes. Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios, como es el caso de la Cruz Roja Mexicana.

Esta labor tan difundida es una escuela de vida para todos, sobre todo para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a « perderse a sí mismo » (cf. Lc 17, 33 y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida.

Todos nos movemos por la misma motivación fundamental y tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad.

El reconocimiento de la labor altruista de la Cruz Roja es evidente en nuestra sociedad mexicana y de manera especial ante nuestro Señor Jesucristo, quien toma como hechas a su persona las atenciones que Ustedes brindan al prójimo, inspirados en su lema “Seamos todos hermanos”.

Confiamos a la maternal protección de nuestra Señora de Guadalupe, a la gran Familia de la Cruz Roja Mexicana: Funcionarios, Damas Voluntarias, Médicos, Enfermeras, Socorristas, Técnicos en urgencias médicas, Veteranos, Administrativos, Juventinos, Personal Especializado en diversas materias de desastres, rescate y salvamento.

Que el Señor bendiga a esta gran familia de la Cruz Roja mexicana y a todos los bienhechores que hacen posible el recurso necesario para tan nobles servicios.